

## CUADERNOS ALTOARAGONESES

# Ruta circular por Loporzano, mirador del Saso y Sasa del Abadiado



Salto de Roldán desde el mirador del Saso

**J. MARIANO SERAL**

Con los últimos días del mes de junio los cálidos rayos del sol doraban los campos de cereal corvando las espigas, indicándonos que había llegado la época de la siega. Yo, que siempre había sido hombre de campo, me encantaba pasear entre las parcelas de trigo y cebada respirando el aroma a mies, escuchando el crepitar al caminar sobre el rastrojo recién segado, escuchando el rugir de las cosechadoras, contemplando su ir y venir devorando con su guadaña mecánica las alineadas espigas, dejando filas de dorada paja paralelas. Tras de ellas una estela polvorienta se elevaba en el cielo azul que blandía en el horizonte mientras la cigarra entonaba su copla chirriante, cada cierto tiempo la cosechadora se detenía y manaba de sus entrañas un buen caudal de grano que llenaba los ciclópeos remolques.

En la jornada de hoy establecemos como punto de partida la localidad de Loporzano. Para arribar a dicha población desde Huesca cogemos la N-240, a la altura del Estrecho Quinto tomamos el desvío que en pocos minutos nos dejará en dicha localidad. En primera instancia realizamos un recorrido por sus calles, contemplamos su arquitectura, sus fachadas, en algunas de ellas destacan las grandes dovelas de la puerta de entrada, zócalos de sillería, esquinazos y

cadenas de sillería, durante unos instantes observamos la iglesia dedicada a San Salvador, citamos a Bizén D'ó Río, folleto editado por el ayuntamiento de esta población: "fue realizada por Hernando Abadía entre 1598 y 1601, si bien se ampliaría en el s. XVIII. La planta de una nave con capillas laterales, de las cuales las del lado de la epístola están comunicadas entre sí. La torre de cinco cuerpos cúbicos y chapitel octogonal".

Tomamos rumbo oeste, una vez que cruzamos la carretera un panel direccional nos indica el mirador del Saso, la senda en sus primeros metros transcurre entre muros de piedra seca y algún huerto va ascendiendo por una ladera entre carracas. Llegamos a una pista que transita entre campos de olivos, almendros y algún viñedo. A mano izquierda un desvío nos lleva hasta el lavadero, el cual se emplaza en una ladera con orientación al cauce del río Flumen, es de planta rectangular, revestido con cemento, la vegetación lo quiere engullir, la fuente que lo alimentaba a pesar de haber sido un año de elevada pluviometría se ha secado. Continuamos por la pista, contemplamos la cuenca del Flumen, en pocos minutos llegamos a la ribera de dicho río, escuchamos el rumor de sus aguas, numerosas parcelas lo bordean permaneciendo a fecha de hoy yermas. Observamos también la



geología de la ladera, en la cual se intercalan estratos de tierras arcillosas con otras de roca arenisca, la erosión socava las capas de materiales arcillosos y las viseras de roca arenisca terminan por resquebrajarse y ceder rodando ladera abajo. Llegamos a una construcción. Se trata del molino, la exuberante vegetación lo amuralla, son visibles los muros de mampostería, el tejado de teja árabe poco a poco se va desmoronando, en dos construcciones auxiliares la techumbre es de uralita, en la vertiente norte se emplaza la acequia que conducía el agua, junto al camino permanece una de las piedras que se utilizaba en la molienda, está un tanto deteriorada, la pista continua paralela a la acequia hasta llegar al azud que coge el agua del río Flumen.

Volvemos sobre nuestros pa-



Sasa del Abadiado

ros y retomamos la pista principal del Saso, caminamos entre carracas, buchos, sabinas y enebros, que echan raíces en tierras rojizas, con abundantes cantos

rodados, de vez en cuando aflora algún espolón de conglomerado. En pocos minutos llegamos al mirador del Saso, nos detenemos delante de los restos de una